Domingo 9 de julio de 1995

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

ARTAUD EL MALDITO
por Eduardo Febbro

TRASTIENDA DE "LUZ DE LAS CRUELES PROVINCIAS"
6/7
por Hector Tizón

El infernal e infinito negocio de la cocaína deja a su paso mundos de corrupción, crímenes masivos y vidas arruinadas para siempre. Pero, a la vez, es una fuente de ingresos para América Latina que subleva y desconcierta a los centros de poder de los Estados Unidos. Las dos caras de esa historia se reflejan en un texto sorprendente del periodista francés Jean-François Fogel y en una entrevista al especialista español Antonio Escohotado (páginas 2/3).

ENTREVISTA A JOAO UBALDO RIBEIRO
8
por Eric Mepomuceno

CARA Y CECA DE LA DROGA

EL ARMA SECRETA DE AMERICA LATINA

ANTICIPO EXCLUSIVO: UNA INVESTIGACION DE JEAN-FRANÇOIS FOGEL

LOS DOLARES DE LA COCA

El autor de "Fin de siglo en La Habana" analizó en su libro "El testamento de Pablo Escobar" la extraña función social y económica que cumplía el patrón del cartel de Medellín en la América latina de los 80: ¿émulo de Al Capone o salvador de países devastados por la dictadura del dólar? Primer Plano publica un fragmento de su libro sobre Escobar con carácter exclusivo y con la expresa autorización de Fogel.

Es conocido en todo el mundo, pero pocos pueden darle un nombre a la cara de este hombre. Se llama Juan Valdés. Es él, sí señor, quien, con un sombrero, una ruana de rayas y una mula –que muchos toman por un asno– personifica en el mundo entero el sabroso "café de Colombia". La agencia de publicidad estadounidense responsable de esta propaganda juzgó que el hombre encargado de ensalzar un producto capaz de quitar el sueño no podía prescindir de un nombre. Así pues, surgió Juan Valdés; pero hay que reconocer que, junto a Pablo Escobar Gaviria, "El Patrón", su peso es mínimo. Este lo posee todo: fama, un producto con una gran notoriedad internacional y la capacidad de quitar el sueño no sólo literalmente, sino en sentido figurado.

En cuanto a la importancia específica de los dos campos de acción, el de Valdés y el de Escobar, no pueden compararse: el café, principal producto de exportación legal, reportó entradas por 1700 millones de dólares a Colombia en 1988, mientras los capos de la cocaína ingresaron a sus bolsillos 4000 millones de dólares. Sin embargo, el año es muy peligroso para El Patrón porque comienza con el estallido de dos guerras en el mes de enero: la una, física, contra él, con esa explosión de un coche bomba delante de su domicilio, el edificio Mónaco; la otra, jurídica, puesto que seis meses después de su victoria contra el tratado de extradición colombiano-estadounidense, se prepara un procedimiento idéntico, esta vez en virtud de un tratado firmado entre varios países, en 1934, en Montevideo.

La cocaína sigue siendo el mayor éxito de la historia comercial contemporánea de América latina. Evidentemente, no valdría nada sin la existencia de un comercio para venderla y sin la prohibición simultánea de este comercio, que infla las ganancias; pero esa contradicción constituye la única ley comercial propia de este negocio. Como cualquier otro, el producto tiene que encontrar un consumidor. Cuando, a fines de los ochenta, en Estados Unidos, en donde el cartel de Medellín es dueño del 80 por ciento de las ventas, aparece una saturación del mercado, se emprende una doble diversificación: búsqueda de nuevos clientes en Europa, e introducción en Estados Unidos de un nuevo producto menos costoso, el *crack*, con el fin de ampliar el mercado por lo bajo.

Como empresario, Pablo Escobar Gaviria posee una faceta al estilo Henry Ford: la cocaína, en ese año de 1988 tiene un precio de 10.000 dólares el kilo al por mayor, o sea seis veces menor que en 1980, mientras que las cantidades enviadas se han multiplicado por diez. Pero, como inversionista, tiene un lado de tipo Rockefeller: es el dueño, propiamente dicho, de todas las líneas de producción, de los laboratorios, los aviones, los barcos, las armas y los equipos de comunicación. Cuando se ocupa personalmente de la producción o de los envíos, se instala en una oficina que pertenece a una empresa con actividades legales y que es de su propiedad a través de un testaferro. Allí, un ejecutivo normal controla por fax y por radioteléfono los trámites del tráfico.

El negocio de la cocaína no se distingue del de los otros productos si no en dos puntos: lo secreto del asunto y la reducción a ceros de los movimientos contables después de cada "operación". El uso del "ajuste", un sistema de financiación que agrupa a varios traficantes para el mismo envío de droga, convierte a cada operación en una sociedad de participación donde los riesgos son limitados en caso de embargo de la carga, y los beneficios se reparten a prorrata de los aportes de cada uno.

Escobar no ha descubierto nada. La cocaína se pliega a las leyes del mercado. El reparto es tan malo para un productor de hojas de coca como para cualquier otro proveedor de materia prima: recibe una centésima parte, cuando mucho, del precio al detal del polvo blanco. No por eso El Patrón fascina menos al mundo hispanoamericano: ha recuperado para todo el continente el recurso olvidado de la coca y lo ha convertido en un negocio floreciente.

Pablo Escobar Gaviria, "el Patrón".

Su éxito contradice la teoría sobre el desarrollo apoyada desde 1947 por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América latina y el Caribe (CEALC –la antigua CEPAL–). Por instigación de su fundador, el economista Raúl Prebisch, ella preconiza el crecimiento por sustitución de importaciones en economías que producen poco a poco lo que compran en el extranjero. La cocaína demuestra la validez de la solución opuesta: el crecimiento por el aumento de las exportaciones.

De golpe, se invierte una tendencia desastrosa: los años ochenta se conocen como "la década perdida" en un continente que ve cómo la renta per capita baja en cerca del 10 por ciento. Pero durante el mismo período, la economía colombiana registra un crecimiento de cerca del 15 por cien-



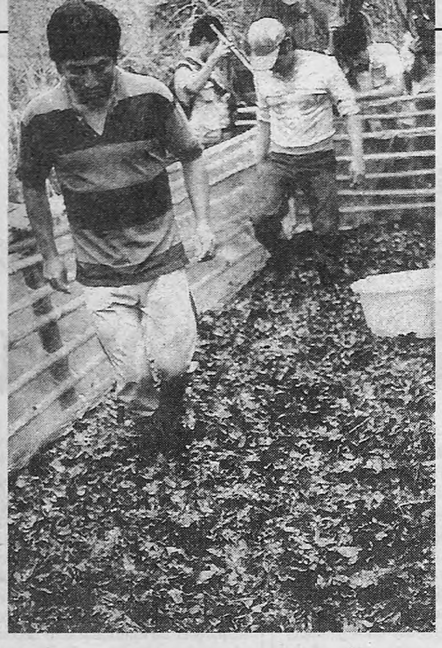
to que la coloca a la cabeza de todos los países. La cocaína se constituye en una fuente sin igual de recursos.

Mejor aún, ella aleja el fantasma que acecha a todos los gobiernos: la deuda externa. Desde el 12 de agosto de 1982, fecha de la proclamación por parte de México de una primera moratoria sobre el reembolso de sus préstamos al extranjero, todos los países del continente vivieron el novelón barato de las negociaciones con el Club de París. Esto causó preocupación a los financistas y fue un drama íntimo para mucha gente humilde. En México, cerca de la catedral, un día de 1986 en que estaba terminando de entrevistar al secretario de Finanzas encargado de renegociar la deuda de 100.000 millones de dólares ("Yo soy –bromeaba– lo que se llama un hombre solicitado"), el comportamiento de un vendedor de violines en miniatura que estaba resuelto a cambiar sus pesos por dólares después de cada venta, al otro lado de la calle, me había llamado la atención: "Nuestra moneda –me explicó seriamente– cae con más rapidez que una puesta de sol". En medio de este desconcierto continental, Colombia sigue siendo la única excepción: durante toda la década, cumple con sus compromisos, y ni siquiera pide a sus acreedores la revisión de la deuda.

LA OTRA REGLA DE JUEGO. Naturalmente, pocos latinoamericanos tienen suficientes conocimientos de economía como para darse cuenta de las bofetadas que la industria de la cocaína inflige a los discursos oficiales más difundidos; pero, por lo menos en los países andinos, muchos ven en su éxito la "prueba por contradicción" de que las oportunidades no son iguales para todos. Por el hecho de que esas ganancias hayan sido conquistadas por fuera de la moral y de la legalidad, la cocaína recuerda a América latina que ella pierde siempre cuando se atiene a las reglas de juego establecidas por los poderosos. Por lo demás, el continente está retrocediendo dentro del circuito de los intercambios internacionales: en 1960 efectuó 7.7 por ciento de las exportaciones mundiales, mientras que en este mismo año de 1988 no alcanza más de 3.9 por ciento. Si llegara a desaparecer por completo, el funcionamiento de la economía mundial prácticamente no se alteraría. La guerra que Estados Unidos quiere proseguir contra la cocaína se dirige al único punto fuerte del continente. América latina no posee ningún otro producto estratégico. Desempeña un papel no despreciable en el mercado de algunos metales no ferrosos o del café, pero continúa siendo incapaz de imponer el precio de uno de sus productos a nivel mundial.

Un estudio de la Universidad de Stanford estima que cada exportador de cocaína hacia Estados Unidos proporciona trabajo a cerca de 280 personas empleadas en el refinamiento y en el transporte, y a 740 cultivadores de coca. Pero en una industria en la que no se publican ni balances anuales ni estadísticas, uno se da mejor cuenta de la amplitud de la actividad, hasta llegar a la etapa de refinamiento, cuando ve cambiar el color del suelo durante un vuelo a Perú, desde Lima hacia el alto valle del río Huallaga.

Bajo las alas del avión, el verde ...udo de la selva tropical, cuyos ríos se enroscan como serpientes color ...arro, se torna poco a poco en verde ...erno, parecido al de los helados de ...stacho coloreados con descuido. ...ste matiz, que los vendedores de co...res, sin haber visto jamás a Verona, ...aman veronés, pertenece al *...ythroxylon coca*, arbusto del cual ... cosechan las hojas, tres o cuatro ...eces por año, para preparar la pasta ...n la cual se hace la cocaína. Lo que ...o ve no son campos de coca, sino ...ca por todos lados. Hacia el sur, las ...as sabanas aparecen bajo la forma de una frágil cinta violeta que atraviesa la bruma de vez en cuando y, más arriba, de una cresta dentada de la que se ve la blancura. Por aquí, todo el paisaje es verde, uniforme. Un océano de coca, pugnaz, sube por las lomas, se pega a las crestas, sigue los barrancos y roza los pocos árboles que los cultivos han dejado a salvo. Cuando el avión desciende, uno ve a veces un rectángulo más claro: es el techo ondulado de una casucha o un espacio en tierra pisada para poner a secar las hojas. Todo es tan vasto que uno piensa más en un cultivo industrial que en el cultivo del crimen.



Primera etapa en la manufactura de la cocaína: el tratamiento de las hojas. Los campesinos ganan diez mil veces menos que los vendedores minoristas.

Más de la tercera parte de las 300.000 hectáreas de coca plantadas en el mundo se encuentran en este valle de un afluente del Amazonas. Los "cocaleros", todos venidos de tierras altas hacia la selva tropical que ellos mismos han desbrozado, llaman a este valle cálido y húmedo, situado a cerca de seiscientos metros de altura, la Mina Verde. La conquista de América latina se hizo a través de la explotación sucesiva de minas en provecho del Viejo Mundo: minas de oro, plata, estaño, cobre... La Mina Verde es un capítulo tardío de esta historia, la única materia prima en la cual conquistadores, colonizadores y gerentes de multinacionales no mostraron interés, razón por la cual toleraron su explotación simplemente para el mercado local.

Existe una extensión andina en donde la coca se da naturalmente, lo mismo que lo hacen, según la altura, la yuca, el aguacate, el maíz o la papa. ¿A qué viajero, abrumado por la fatiga de la marcha y acogido en su casa por algún pequeño granjero de Ecuador, de Perú o de Bolivia, no le ha ofrecido antes de acostarse una "agua de coca", infusión digestiva y sedante, que también se da a los niños? Yo mismo, que fui un poco ese viajero, puedo constatar que nunca noté las plantas de coca mientras caminaba, carnet en mano, detrás de esos indios que masticaban hojas a todo lo largo del día, casi sin descanso, agregándose toques de cal sobre las encías rosa y violeta apagadas y extrañas, para que el alcaloide que tranquiliza y estimula saliera de la planta. ¿Sería por el carácter sagrado que le dan a esa planta que nunca pensé en probarla?

Confidencia por confidencia, tuve que ver estas mismas hojas de coca en un baño de agua y ácido, prensadas con los pies por dos trabajadores de un laboratorio clandestino de transformación de la coca, para comprender el sentido profundo de esta industria. De la hoja al polvo blanco, se trata del viaje de una máquina del tiempo que se desliza a través de cuatrosiglos desde la América hispánica, con su población indígena sobreviviente de la Conquista, hacia Estados Unidos, que exterminó a sus indios y que por tanto nacieron sin tener que transigir con nada ni nadie: de golpe, ya eran modernos. La única diferencia con el pasado es que América latina no se ha dejado despojar de la cocaína en la forma en que lo hicieron incas, aztecas y mayas con su oro.

Los narcos controlan el país; su sanguinario poder de coacción está a la vista; varias veces han propuesto cancelar la deuda externa nacional (12.000 millones de dólares); su dinero garantiza, entonces, según el ministro de Desarrollo Carlos Marulanda, la cuarta parte del crecimiento del producto nacional estimado en 4 por ciento para 1994. Todo el poder político cede ante la potencia económica, y con mayor razón si ésta recurre a la fuerza. Escobar recordó esto a comienzos de agosto de 1993, al exigir la amnistía, delante de todo el país, con una pregunta que, detrás de su deferencia, muestra la insolencia amenazante: "Le preguntamos al señor presidente de Colombia: ¿qué puede ser más importante para su gobierno que la paz de su pueblo? Como ciudadanos colombianos, exigimos al menos una respuesta" ●



ENTREVISTA CON ANTONIO ESCOHOTADO

ENCICLOPEDIA PARA ADICTOS

ANGEL S. HARGUINDEY

Aprendiendo de las drogas. Usos, abusos, prejuicios y desafíos de Antonio Escohotado, que acaba de aparecer en la serie Compactos de la Editorial Anagrama, es una nueva edición revisada en profundidad y actualizada de *El libro de los venenos* publicado en 1990 por Mondadori. Su autor es, probablemente, uno de los mejores especialistas en sustancias psicoactivas, tradicionales o nuevas, y de ello deja constancia en los casi cien compuestos que analiza y comenta en esta especie de guía inteligente sobre las drogas.

Conocedor no sólo de las características químicas sino también de su mitología, historia, aplicaciones y, naturalmente, de los enormes intereses económicos que condicionan en buena medida las legislaciones internacionales, la figura de Escohotado (profesor universitario de Derecho, Filosofía y Sociología) es casi imprescindible en todo simposio o programa de los medios audiovisuales sobre el tema. Sobreviviente de la década de los sesenta, premio Anagrama de ensayo con *El espíritu de la comedia* y autor de varios ensayos filosóficos, su actitud básica sobre las drogas se centra en reivindicar la necesidad de la educación, entendida como "un estímulo al sentido de la responsabilidad y al conocimiento". Su discurso es, por lo tanto, esencialmente empírico y descriptivo, distante de cualquier connotación moral.

–¿Cuál ha sido el objetivo de su estudio?

–Mi meta ha sido ofrecer datos básicos para el autogobierno. Es una apuesta por la ilustración frente a la barbarie en este terreno. A mi juicio, la objetividad es el mejor estímulo para una conducta racional; la verdad se defiende sola, únicamente el embuste requiere subvención.

–¿Podría definirse su texto como un manual?

–Si así se prefiere, me parece muy bien. He querido escribir un manual preventivo en materia de drogas. El lema "di no" que se reparte propagandísticamente como "educación" sobre este asunto entra por un oído y sale por otro. De ahí que en el libro empiece por lo más elemental (qué diferencia una droga de un alimento, qué es toxicidad, qué es tolerancia, qué peso tienen los marcos culturales en el consumo moderado e inmoderado), para luego clasificar las sustancias en tres grandes grupos y describir los efectos primarios y secundarios más comunes de cada una.

–¿Qué entiende por "educación" en un ámbito tan complejo y delicado desde el punto de vista social como es el de las drogas?

–Cualquier educación en materia de drogas digna de su nombre debe incluir, al menos, los siguientes datos: 1) dosis activa mínima (por kilo de peso); 2) dosis mortal media (por kilo de peso); 3) factor de tolerancia; 4) características precisas de su síndrome de abstinencia, si lo tuviera; 5) modos de detectar adulteración; 6) remedios inmediatos para sobredosis o alergia; 7) efectos más habituales sobre el ánimo y 8) efectos orgánicos o secundarios más frecuentes. Aquí cabría añadir alguna pregunta: ¿por qué resulta válido el lema de "El saber es poder" en aeronáutica, derecho, agricultura o cualquier otra rama del obrar humano, y resulta tan aparentemente inútil o imposible en relación con las drogas?¿Acaso no están sucumbiendo (y por ignorancia ante todo) miles de personas en el mundo cada día?

–¿Cómo surgió y por qué su interés por las drogas?

–Pues la verdad es que una serie de circunstancias (entre ellas el LSD, perfectamente legal entonces) hicieron que hace unos treinta años, cuando comenzaba mi interés por la filosofía, la modificación química de la conciencia se me apareciese como una ventana veraz para juzgar lo externo y lo interno. Mi experimentación con todo tipo de drogas no ha cesado desde entonces, y si algo tengo claro es que la diferencia entre toxicómanos y toxicólogos depende tan sólo de asumir el fondo ético y estético inherente a la ebriedad en general, el desafío de buscarse a sí mismo.

–Y sin embargo existe una evolución en las relaciones sociales con las drogas que pasan de ser parte esencial de una cultura o una religión a convertirse en uno de los mayores problemas.

–Tras milenios de ser empleadas para aliviar miserias y odios, algunas drogas sirven hoy para oponer al vecino contra el vecino, al hermano contra el hermano, a los hijos contra sus progenitores y a los progenitores contra sus hijos. Son las consecuencias de una guerra santa que lanzaron los puritanos de unos Estados Unidos catapultados a superpotencia mundial y que hoy sostienen razones ante todo de intereses económicos. El alcohol, que junto con el opio, la morfina y la cocaína fue la primera droga prohibida, logró desembarazarse de esa inquisición, pero la evolución de la cruzada ha acabado haciendo que la ley plantee la lucha contra la química en general, contra cualquier compuesto capaz de producir euforia, y como hay infinitos recursos químicos para alterar el ánimo, cada nuevo hallazgo entra por la puerta falsa ("droga de diseño") y se difunde de modo incontrolado, convirtiendo a las sociedades en bancos de prueba para laboratorios clandestinos a manera de un gigantesco y rentable cobayo.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La novena revelación,* por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	1	36
2	*Deuda de honor,* por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza del Octubre Rojo*, vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados: una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	5	13
3	*No sé si casarme o comprarme un perro,* por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?	4	4
4	*Donde van a morir los elefantes,* por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	8	12
5	*Insomnia,* por Stephen King (Grijalbo, 29 pesos). Ralph Robert es un reciente viudo, que tiene la capacidad de ver más allá de las personas. Por eso percibe, antes que nadie, el comportamiento irracional y violento de muchos de sus vecinos.	–	1
6	*La lentitud,* por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento. Un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, alguno que otro episodio amoroso y -como siempre– la mirada omnipresente del escritor bohemio donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.	2	17
7	*Historia de fantasmas,* por Sidney Sheldon (Emecé, 11 pesos). Una familia japonesa se establece en Nueva York ante el ascenso del jefe del grupo. El entusiasmo y la excitación por la perspectiva de una nueva vida se esfuman cuando los cuatro miembros de la familia Shamada descubren que su nuevo hogar está habitado por fantasmas implicados en un asesinato.	7	8
8	*El vengador,* por A. J. Quinnell (Emecé, 18 pesos). Dos asesinatos, uno en Hong Kong y el otro en Zimbawe, parecen estar relacionados. Un mercenario es contratado para encontrar a los responsables y eliminarlos. El autor de *El guardaespaldas* vuelve con otra novela que recurre a los mismos ingredientes que lo hicieron famoso: venganza, violencia y amor.	6	4
9	*El amor, las mujeres y la vida,* por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti que recupera en este libro la vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.	–	1
10	*El primer hombre,* por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo yhaciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	3	16

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La Argentina como vocación,* por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado *¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?,* el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	3	11
2	*Historia integral de la Argentina, III,* por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	1	8
3	*La novena revelación: Guía vivencial,* por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, éste libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	2	4
4	*Borges, un escritor en las orillas,* por Beatriz Sarlo (Ariel, 16 pesos). Un ciclo de conferencias que la autora dictó en la Universidad de Cambridge. Las hipótesis de estas conferencias rescatan básicamente dos líneas: la posición del autor de *Ficciones* ante la cultura nacional y las concepciones políticas que trasuntan sus textos.	6	4
5	*Memoria a dos voces,* por François Mitterrand y Elie Wiesel (Andrés Bello, 18 pesos). Las memorias del ex presidente francés a través de una conversación con el Premio Nobel de la Paz de 1986. La carrera de Mitterrand, los problemas políticos contemporáneos y la religión son algunos de los temas que se abordan en el libro.	–	1
6	*Un viaje por la economía de nuestro tiempo,* por John Kenneth Galbraith (Ariel, 16 pesos). El autor sintetiza la historia económica mundial desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa hasta la era Reagan y las implicaciones de la caída del comunismo, pasando por la aparición del keynesianismo.	–	1
7	*El combate perpetuo,* por Marcos Aguinis (Sudamericana, 19 pesos). La biografía de Guillermo Brown, uno de los próceres más recordados por las escuelas primarias y más irrelevantes de la historiografía nacional, escrita por el autor de *La gesta del marrano.*	–	1
8	*Sueños de fútbol,* por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.	7	10
9	*Historias de la Argentina deseada,* por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	4	12
10	*¿Qué es la democracia?,* por Alain Touraine (Fondo de Cultura Económica, 15 pesos). El autor hace una revisión retrospectiva delconcepto de democracia para analizar el verdadero significado que esa frase tiene en la actualidad. Plantea la necesidad de darle contenido a una democracia cada vez más asediada por el fantasma del autoritarismo.	5	11

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Anne Rice: *Lasher* (Atlántida). Después de recorrer con éxito el mundo de los vampiros, la autora de *El ladrón de cuerpos* se mete con aquelarres y brujas. Una historia de incestos y demonios en distintas épocas y escenarios donde los humanos se ven obligados a convivir con seres desconocidos y aterradores.

Brian Morris: *Introducción al estudio antropológico de la religión* (Paidós). Un análisis detallado e inteligente de cómo Hegel, Marx, Freud, Weber, Durkheim, Spencer y Tylor trataron el fenómeno de la religión, junto a una investigación sobre el contexto histórico y cultural en el que tuvieron ecos estas interpretaciones.

Carnets///

ENSAYO

La palabra exacta

LA VIDA DE MI PADRE, por Raymond Carver. Grupo Editorial Norma, 1995, 124 páginas.

Luego de habérselos considerado libros de culto durante los últimos cinco años; un tiempo más tarde de leer los artículos por separado en suplementos y revistas culturales gracias a traducciones y traducciones de traducciones (*Babel, Diario de poesía, La Gaceta, Quimera* y otros); después de agotar los escasos veinte o treinta ejemplares en inglés que llegaron al país, la editorial colombiana Norma publicó una selección de seis artículos extraídos de *Fires* y *No Heroics, Please* del narrador y poeta norteamericano Raymond Carver.

Se trata de un libro subtitulado *Cinco ensayos y una meditación*, y recoge los textos "Escribir" de 1981, "Fuegos" de 1982, "John Gardner: el escritor como maestro" de 1983 (redactado como prólogo para el libro de Gardner *On Becoming A Novelist*), "Amistad" de 1988, "Meditación sobre una frase de Santa Teresa" de 1988 (el último escrito en prosa de Carver antes de su muerte el 2 de agosto de ese mismo año) y "La vida de mi padre", escrito en 1984 y que da título a esta recopilación.

La oportunidad que brindan estos textos para conocer y reconocer en su tarea ensayística a uno de los más brillantes escritores norteamericanos de la segunda mitad del siglo XX es invalorable. A tal punto que, al finalizar la primera lectura, es necesario releerlo y se tiene la extraña sensación de que cuando terminen las ciento veinticuatro páginas todo comenzará nuevamente. Al repetir las palabras de John Gardner –que fueron uno de los pilares de la narrativa carveriana–: "Si puedes expresarlo en quince palabras en vez de hacerlo en veinte o treinta, exprésalo en quince", se está en presencia de un genial recorrido literario en el cual entrar, salir y volver a entrar con total felicidad.

Es que *La vida de mi padre* se presenta como una afirmación, al igual que en los cuentos y la poesía de Carver, de la sentencia que escribió Flaubert a su amante Louise Colet: "El artista, en su obra, debe ser como Dios en su creación: invisible y todopoderoso, ha de sentírselo en todas partes sin que se lo vea en ninguna".

Cuando a finales de los años 70 Carver conoció a su compañera final, Tess Gallagher, dejó el alcohol y comenzó una nueva etapa sin las presiones económicas del pasado, solía recortar y pegar en la pared detrás de su escritorio unos rectángulos de cartulina de tres por cinco en los cuales escribía –tomadas de distintos escritores– frases que lo ayudaban para su propia creación. Así fueron juntándose en un entramado el "No a los juegos triviales" de Geoffrey Wolff con "Súbitamente todo empezó a aclararse" de Chejov; el "Ningún hierro puede despedazar tan fuertemente el corazón como un punto puesto en el lugar que le corresponde" de Isaak Babel con "El esmero es la única convicción moral del escritor" de Ezra Pound.

De la misma manera se podrían trasladar a tarjetas de tres por cinco muchos de los párrafos que Carver señala en los seis ensayos de este volumen. El resultado sería una espléndida filosofía de la composición. Quizás como una prueba de su modestia, Carver prefiere hacer descansar esas frases en la inteligencia de los demás. Entonces aparece su padre diciendo: "Escribe sobre cosas que sepas". Cita a Cheever y Updike para aclarar que "cada gran escritor rehace el mundo de acuerdo a sus especificaciones". Se burla de sí mismo: "Un escritor no tiene por qué ser el chico más inteligente de la cuadra. A riesgo de parecer un tonto, tan sólo necesita presenciar con la boca abierta alguna cosa –un atardecer o un zapato viejo– en puro y absoluto asombro". Recurre a algún amigo que, según él, dijo "si uno no puede escribir tan bien como está a su alcance hacerlo, ¿para qué escribir?" o a la madre de Sherwood Anderson que había pegado en la heladera –ella también– una tarjetita que tenía escrito "no te quejes, no des explicaciones". Se refiere a Henry Miller cuando el autor de *Trópico de Cáncer* debía crear en un cuarto prestado, donde en cualquier momento podría tener que dejar de escribir porque le quitaban la silla en la que estaba sentado para reflexionar: "para hacer una novela un escritor debe vivir en un mundo que tenga sentido, un mundo en el que pueda creer, fijarse una meta y luego escribir con certidumbre". Busca a los demás: "Quería juntar palabras para hacer algo coherente y de interés para alguien distinto de mí mismo".

Y recopila varias sentencias del profesor Gardner cuando él era su alumno en las clases de escritura creativa: "Cualquier estrategia que le oculte al lector información importante o necesaria con la esperanza de tomarlo por sorpresa al final del cuento es una trampa"; "Si las palabras o los sentimientos son deshonestos y el autor está fingiendo, escribiendo sobre cosas en las que no cree, a nadie le va a importar el cuento", "Ningún profesor ni educación alguna pueden convertir en escritor a alguien que, para empezar, es constitucionalmente incapaz de convertirse en escritor". Deja para el final el método Gardner: "Lea todo el Faulkner que consiga, y luego lea todo Hemingway para limpiar su sistema de Faulkner".

Entonces, al igual que en su narrativa, Carver crea en *La vida de mi padre* un universo de cosas y pensamientos sencillos, inevitables a la hora de escribir, ya que "para que los detalles sean concretos y transmitan significado, el lenguaje tiene que ser exacto y usado con precisión".



MIGUEL RUSSO

FICCION

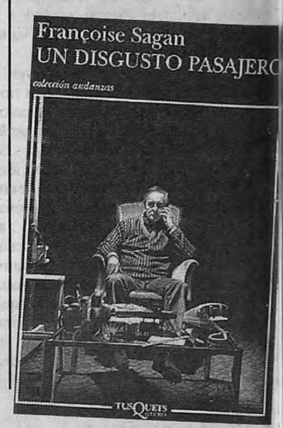
Aula Sagan

UN DISGUSTO PASAJERO, por Françoise Sagan, Tusquets, 1995, 178 páginas.

A mediados de la década del 50, en pleno auge existencialista, una adolescente francesa de diecinueve años hacía conocer un elogio de la melancolía que daría vueltas al mundo, se convertiría en un gigantesco best-seller y llegaría al cine: *Bonjour tristesse*, de Françoise Sagan. Después vendría *¿Ama usted a Brahms?* y a partir de allí, poco a poco, la estrella de Sagan se fue apagando, a pesar de que publicara continuamente y de que las cifras de ventas de sus libros mostraran varios ceros.

Aquel primer libro acertaba con un clima de época y lo hacía más accesible y menos tensionado que la prosa de Sartre, de Camus y de Simone de Beauvoir; sobre todo, lograba incorporar una cierta mitología de raíz existencialista al catálogo turístico de París, a la vez que rescataba en su literatura una línea más emparentada con la tradición francesa de dilemas morales, pedagogía encubierta y rescate de valores que también, vale anotarlo, era posible hallar en las obras existencialistas, sobre todo en las ficciones de Simone de Beauvoir. De lo que carecían aquellos dos primeros textos era de la pretensión de hacer trascender las peripecias de los personajes más allá del mundo privado y conectarlos así con problemáticas existenciales y sociales más amplias.

Cuarenta años después, la Sagan sigue insistiendo, de manera cada vez más fatigada, con una manera de hacer literatura que combina el análisis psicológico con una crítica de costumbres más o menos apaciguada y un repertorio de citas notoriamente ilustres y reconocibles. En *Un disgusto pasajero*, aparecido el año pasado en Francia, se cuenta un día en la vida de un arquitecto que ronda los cuarenta años y que acaba de enterarse, por un joven médico, que está afectado por un cáncer terminal. El momento adecuado para iniciar una revisión y un replanteo de lo que ha sido su vida



ta entonces, la búsqueda de valores daderos y los súbitos desencantos sus convicciones, amigos, cosbres y amantes. Hasta allí el esque- es conocido. Un hecho trascente posibilita un recorrido por una e de valores, esta vez de la pequeña guesía francesa, sin dudas un tipo público al que le place y le divierte se amablemente crucificado.

Narrada en un confuso discurso irecto libre, *Un disgusto pasajero* tende ser una broma y una lección tra la solemnidad de alguien que oma demasiado en serio. Algo que ría aplicarse también a la autora encara un tema importante, lo a de una manera que se propone no trascendente y concluye en una a menor en la que llama la atenn la falta de aliento y la previsidad de todo lo que ocurre, inclu- el final que pretende mostrarse no una vuelta de tuerca y que es elto con mucha rapidez. eciera como si Sagan percibiera ansancio de su fórmula, pero se iera en la necesidad de seguir do lecciones de cómo vivir y conirse en una guía de los valores que n la pena.

o interesante, más allá del libro, es doble mensaje sobre la función del itor que revela una crisis en la liura francesa que no muy cons excepciones, la de Michel rnier, por ejemplo, hace tiempo no produce obras importantes y se ca a redescubrir textos perdidos as próceres de ayer. Por un lado, ir siendo la conciencia lúcida de sociedad, por el otro, percibir la ilidad de ese esfuerzo y tratar de tenerlo sin convicción.

MARCOS MAYER



A la hora del té



MUJERES PELIGROSAS. LA PASION SEGUN EL TELETEATRO, por Cecilia Absatz. Planeta. 1995. 240 páginas.

Mujeres peligrosas se lee con facilidad, con la convicción de estar atravesando el universo de la inocencia o el territorio de los buenos sentimientos. Atrapa por su candor inquietante, con un lenguaje totalmente apartado de afectados tecnicismos. Expone ideas con una claridad absoluta, transforma el material teórico que utiliza en un compendio de recetas que ajusta con libertad sobre su objeto de análisis: el teleteatro. Le quita a este material todo rigor académico, lo usa a su antojo. En este libro Cecilia Absatz se propone poner al teleteatro en su lugar, observar sus leyes, sus tradiciones estéticas, sus públicos, los horarios, los cambios en los modos de producción y recepción. Escribe además desde un lugar personal, atravesado por la pasión: "Yo, que amo el teleteatro desde que el género era un papelón".

El libro está dividido en tres partes. En la primera se intenta definir el género, poner en claro sus leyes. Leyes que comparten quienes escriben y quienes ven teleteatros, no importan cuán cerca estén de la realidad o de la sensatez. En el centro y como clave de su construcción, siempre debe haber una mujer, ingenua o estúpida, constantemente virtuosa que contiene y disemina alguna forma de la identificación, la reivindicación y el deseo. Este protagonismo "es una de las escasas –y secretas– formas de reivindicación femenina que propone la cultura moderna". Tal vez ésta sea una de las ideas más fuertes del libro, el enigma que Absatz intenta explorar, "un secreto que Freud no pudo desentrañar, pero Nené Cascallar sí".

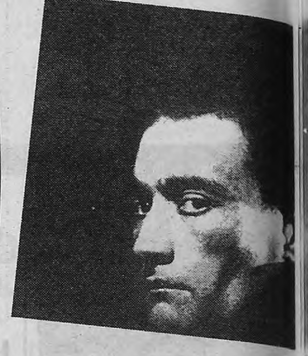
Absatz no analiza un teleteatro en particular, se mueve por ellos con la naturalidad de una prolija memoriosa, que retoma y piensa desde su propia experiencia como espectadora. Así aparecen tanto las referencias a "Rolando Rivas, taxista", "Rosa de lejos" como al más nuevo "Más allá del horizonte", o a las novelas venezolanas, mexicanas o brasileñas (que merecen un capítulo aparte). Sostiene que el teleteatro está lejos de ser una ficción realista, sus leyes son las del fantástico. Como el género gótico, "comprende mejor lo que queremos imaginar". Como el fantástico, trabaja con el tema del doble y sobre el deseo. Se trata de un contacto teórico controvertible en alguno de sus aspectos. Acierta en las constantes del género: las identidades ocultas, la ceguera, el valor de la casa, la funcionalidad de las escaleras. También en la percepción de sus necesarias omisiones: el humor o las referencias a la actualidad política. Las telenovelas, dice, retienen para sí otra forma de la política: la del deseo, la de los sentimientos.

La voz de Absatz insiste en determinadas ideas, hace uso del énfasis, reclama al lector, le advierte que va a hacer afirmaciones intrépidas. Un libro audaz porque se atreve con uno de los pilares misteriosos de la sociedad: qué quieren, qué desean las mujeres (tema central de la segunda parte). Uno de sus puntos discutibles es el pensar en una única forma del deseo y en una única mujer. Si la fórmula del arquetipo es útil para desentrañar la construcción de personajes, el trazado de grillas para el deseo contiene el peligro de transformar en un arquetipo a las receptoras. También el señalar un único objeto para la identificación: la heroína casta y voluntariosa que sabe decir no. De este modo se anulan otras construcciones de sentido, por ejemplo, con la malvada.

Mujeres peligrosas no sólo abre la reflexión y la interrogación sobre el deseo sino que muestra y desnuda otras pasiones: las de la escritura, la lectura y la polémica. Una fórmula de efectos nada despreciables en estas épocas de disputas leves. Una audacia más: "La mujer no tiene deseos eróticos. Muy bien. Ahora demándeme", propone Absatz. Mucho más que un reclamo de justicia. Una incitación al debate.

NORA DOMINGUEZ

ARTAUD EL MALDITO



A pesar de los años transcurridos desde su muerte, en 1948, la serie de disputas legales impide que se conozcan todos los libros de Antonin Artaud. Este año se publicó en Francia el tomo XXVI de sus obras completas, lo que reavivó las discusiones sobre su enfermedad y la propiedad de su herencia, convirtiendo al autor de "El ombligo de los limbos" en un mito que no termina de revelar sus secretos.

EDUARDO FEBBRO

Las obras del genial poeta francés Antonin Artaud parecen adolecer de la misma afección que él confesaba tener cuando declaraba "sufro de una terrible enfermedad del espíritu". La publicación completa de sus libros es una tarea que excita el "espíritu" de sus herederos, de los abogados, de la editorial Gallimard, de los críticos literarios, de sus biógrafos y hasta de los psicoanalistas y médicos que se encuentran hoy con el dossier médico de Artaud que confeccionó el hospital psiquiátrico de Ville-Evrard durante los cuatro años que Antonin Artaud pasó en esta clínica (1939/1943). El delirio que los médicos detectaron en Artaud envuelve hoy como un virus todo lo que toca sus obras. Casi cincuenta años después de su muerte el "caso Artaud" sigue vigente y la polémica no hace más que acrecentarse con el paso del tiempo. A la guerra declarada por los herederos de Artaud a Gallimard y a quien recuperó y transcribió casi todos los manuscritos de Antonin Artaud, Paule Thévenin, para impedir así la publicación de sus obras, se le suma el complicado ovillo de los especialistas que empiezan a poner en tela de juicio el trabajo de transcripción y las controversias sobre la forma en que el poeta maldito fue tratado en los asilos psiquiátricos.

Desde hace varias décadas todo lo que lleva la firma de Artaud es asunto de la justicia. Su obra no les pertenece ni a sus herederos que no cobran derechos, ni a los coleccionistas que conservan celosamente sus tesoros, ni a la administración del Estado que no hace más que levantar barreras reglamentarias entre los manuscritos y quienes quieren consultarlos. No le pertenece a nadie pero las ediciones de sus libros, ya completas y a menudo impresas, tardan años en salir, permanecen paralizadas en los depósitos a la espera de que editores, especialistas, herederos reales y ficticios y abogados decidan por fin que el lector tiene derecho a tenerlos en su biblioteca.

La aparición del volumen XXVI de sus obras completas tardó más de veinte años en estar en las librerías. Este tomo preparado por Gallimard salió a principios de 1995 y en él tal vez se halle la clave de las largas disputas. El libro incluye la mítica conferencia del Vieux Colombier (ver recuadro) pronunciada por Artaud el 13 de enero de 1947. Allí terminó de cifrarse la leyenda Artaud y quienes la presenciaron en ese viejo teatro parisino recuerdan a un hombre de "rostro destruido y sin edad", que "viene de un lugar desconocido". Texto mítico tanto por su virulento contenido como por las condiciones en que se desarrolló la conferencia. La lectura del Vieux Colombier duró cuatro horas y entre los asistentes se encontraban Sartre, Picasso, Braque, Michaux, Adamov, Camus, Gide, Marthe Robert y Audiberti. Perversa como pocas, la historia de la publicación de las obras completas de Antonin Artaud se estancó en ese capítulo porque la serie de volúmenes del autor de *El Pesa Nervios* se interrumpió justamente en el año 1986, es decir cuando Gallimard intentó publicar este texto borroneado en 40 pequeños cuadernos manuscritos llenos de tachaduras y recuperados por Paule Thévenin entre las pertenencias del autor. El tomo XXVI es la voz desgarrada de ese hombre que no viene de ningún lado y que cuenta ante su auditorio el martirio de los nueve años que pasó en los asilos psiquiátricos –sus amigos lograron sacarlo del asilo de Rodez recién en abril de 1946–. Era su primera aparición pública desde hacía casi diez años y recién en 1995 el lector pudo leer la magistral conferencia cuyo contenido circuló, secreto e incandescente, durante casi medio siglo.

Aún existen cientos de páginas inéditas y decenas de dibujos de Antonin Artaud y si su obra pudiese verse despojada de las polémicas luego de la aparición del tomo XXVI la historia concluiría aquí. Pero no es así. Tres nuevos episodios vienen a reforzar la doble sospecha de que con Antonin Artaud se "cometió un error" que "persistirá por muchos años". El primero vuelve a involucrar a los abogados y a los herederos del autor. Estos lograron bloquear en febrero de 1995 la publicación de cuatro tomos que hubiesen completado sus obras completas. En el segundo episodio interviene su primo y heredero

EL HOMBRE QUE SE DECIA POETA

E. F.

Antonin Artaud es el hombre maldito del psicoanálisis, el incomprendido por quienes hubiesen debido entenderlo mejor que nadie. Jacques Lacan decía que Artaud no era más que un "paranoico dotado de ambiciones literarias". Ese juicio coincide con el que hicieron en su época los médicos del asilo psiquiátrico de Ville-Evrard, donde Artaud pasó cuatro años de su vida. Registrado con la matrícula número 262-602 fue considerado como un "paranoico, excitado y delirante" y ese calificativo le valió un internamiento que lindó con la cárcel. Un régimen estricto, sin salidas ni visitas.

La verdad sobre las condiciones en que Artaud y tantos otros vivieron en el asilo sale hoy a la luz gracias a un amplio movimiento de cuestionamiento acerca de las prácticas psiquiátricas lanzado por un grupo de médicos y enfermeras del hospital de Evrard y completado por la Société d'Etudes et de Recherches Historiques en Psychiatrie, la SERHEP. Este grupo de investigadores rescató y clasificó hace un mes todo el "patrimonio profesional" de los tratamientos psiquiátricos, donde aparece el dossier de Antonin Artaud. Las piezas que lo componen revelan la profunda incomprensión y hasta la barbarie de la ciencia psiquiátrica de entonces. Artaud ingresó a Ville-Evrard en febrero de 1939 pesando 65 kilos y en setiembre del mismo año pesaba 59. En una carta remitida por un psiquiatra a la madre del poeta consigna así la actitud de Artaud: "Siempre muy excitado y delirante, nuestro enfermo se sigue oponiendo a todo y no es el momento de esperar visitarlo. La actividad de su delirio deja entrever que aún sufrirá por mucho tiempo".

Instalado en pabellón número seis, reservado a los "agitados graves", Artaud recibió el mismo tratamiento que todo el mundo, agravado por las consecuencias de la guerra: frío, falta de higiene, hambre y ausencia de tratamientos adecuados. Varias cartas del dossier atestiguan la promiscuidad de la situación. "Estimada señorita B, Tengo hambre", decía Artaud en una carta de 1940. En otra, el escritor relataba a su madre los sufrimientos que le infligían, pero el médico psiquiatra, indignado por las protestas de la mujer, respondía escribiendo: "Señora, me asombra mucho que usted crea en las palabras de un enfermo delirante".

Lucien Bonaffé, un doctor de este hospital y pionero de la psiquiatría contemporánea, se acuerda muy bien de Artaud como un "individuo extraordinariamente delirante" al tiempo que reconoce que en aquella época "en Francia nadie hacía concesiones con estos enfermos: los delirantes crónicos eran internados de por vida, sin ninguna posibilidad de salir". Por asombroso que pueda parecer, los documentos de que se dispone hoy demuestran que nadie se percató entonces de quién era realmente Antonin Artaud. El poeta siguió escribiendo durante su estadía en el hospital pero esos textos han desaparecido, no hay huella de ellos porque "el personal los tiraba sistemáticamente a la basura". En su dossier médico puedeleerse aún este diagnóstico escrito por un médico de Ville-Evrard: "Este hombre se dice poeta".

LA CONFERENCIA DE LA REVELACION

E. F.

Artaud decía que la garganta era "una bola de gritos" y quienes asistieron a la mítica conferencia que Artaud pronunció el 13 de enero de 1947 en el Teatro du Vieux Colombier aún se acuerdan de que de su garganta salían "gritos convertidos en el testimonio más punzante que se haya oído jamás". No existe ninguna huella sonora o visual de esa conferencia que Artaud pronunció un lunes y que constituyó su primera aparición pública luego de los nueve años que pasó encerrado en los asilos psiquiátricos. Pero existe el recuerdo y las 255 páginas de texto que transmiten la sobrecogedora voz de una experiencia.

La sala estaba llena, no cabía ni "una sombra –cuenta Jacques Prevel–, habíamos pagado 40 francos de entonces para ver y oír a Artaud y nos encontramos con un hombre que vino a desnudar su alma bajo la forma de denuncias, que leía un texto con voz casi incomprensible, entrecortada, profundamente turbada". Artaud leyó poemas y lo esencial de lo que compone el volumen número XXVI de sus obras completas y allí esta consignada esa experiencia que comienza describiendo así: "Acabo de pasar nueve años internado en asilos de alienados, y es algo que nunca podría perdonarle a esta sociedad imbécil y sin pensamiento que desde hace diez años da vuelta su lengua en su agua sucia y nunca, a través de no sé cuántos poetas y pensadores, filósofos y escribas, reyes, budas, estúpidos, fetiches, soviets, parlamentos, dictadores, nunca pudo proponer, jamás a nadie, una razón valedera para existir. Mi cuerpo y yo, no queremos que nadie disponga de él". "Quiero decir lo que me traba desde hace mucho tiempo", lanzó Artaud ante el público del Vieux Colombier. "Eso se llama locura, delirio tal vez y también, casi, aniquilación: yo ya no era más el señor Artaud, nacido en Marsella el 4 de setiembre de 1896, sino una especie de odioso sospechoso sobre el que se tenía el derecho de ponerle la camisa de fuerza, de meterlo en la cárcel, de envenenarlo, de hambrearlo tanto como se quisiera... Y así, la administración de los asilos en los que me encontraba, a los amigos que venían a visitarme, les decían que estaba muerto."

Serge Malaussena y la universitaria
'lorence Mèredieu. Ambos
ostienen que la "editora solitaria"
le las obras de Artaud, Paule
Thèvenin, corrompió la obra de
Antonin Artaud con su trabajo de
ranscripción. Un debate que animó
el último salón del libro de París y
uyas consecuencias van a demorar
odavía más la aparición de los
ibros restantes multiplicando hasta
an infinito poético y policial la inter-
retación de la obra. El tercer y últi-
no episodio lo empezaron a escribir
os miembros de la Sociedad de
nvestigaciones Históricas en
Psiquiatría, la SERHEP, quienes
ecuperaron los dossiers adminis-
rativos y médicos del asilo de Ville-
Evrard, donde Artaud estuvo inter-
ado durante cuatro años. Fotos,
extos, apuntes y diagnósticos médi-
os que prueban de manera inob-
etable la tortura y la incomprensión
ufridas por Antonin Artaud.
Los herederos del poeta encon-
raron a una universitaria muy seria
ue pudo establecer con certeza que
abía una notoria diferencia entre los
nanuscritos que dejó Artaud y las
ranscripciones de su ejecutoria tes-
amentaria, a quien Artaud otorgó el
erecho de "recibir todas las sumas
ebidas por la venta de mis libros".
Cuando el autor de la conferencia del
'ieux Colombier murió en la noche
el 3 al 4 de marzo de 1948, Paule
'hèvenin y sus amigos recuperaron
odos los dibujos y manuscritos de
rtaud. Cuando su familia llegó al
omicilio del poeta la casa estaba
acía. Durante cuarenta años, Paule
'hèvenin, a quien Gallimard le
ncargó la edición de las obras,
ehusó entregar los textos recupera-
os. Los legó en 1993 a la
ibliothèque Nationale en una caja
on doscientos noventa y cuatro
uadernos más una serie de dibujos
edidos al Museo de Arte Moderno.
a publicación del tomo XXVI com-
icó la situación porque la
iblioteca Nacional francesa no
utoriza el acceso a los manuscritos
ientras "no se haya concluido el
ventario". El sobrino de Artaud y
universitaria Florence Mèredieu
igen el acceso a esos manuscritos
ra probar así los errores de trans-
ipción. Otros universitarios se
man al pedido pero la Biblioteca
acional se niega y la obra de Artaud
gue allí como un continente
lémico pero invisible. Con todo, el
brino y la universitaria lograron
tablecer estas diferencias com-
rando el texto de la conferencia del
ieux Colombier preparado por
ule Thèvenin con la fotocopia de
iscientas treinta y dos páginas
anuscritas que sirvieron para esta
ición. Florence Mèredieu asegura
y que "hubo sin lugar a dudas una
terpretación arbitraria del
anuscrito original: puntuación
regada, pasajes omitidos, diagra-
ación modificada". La acusación
tanto más firme cuanto que otros
iversitarios del Centro Nacional de
vestigación Científica –el famoso
NRS– arguyen que se ha presenta-
a un "Artaud limpio, con mesura
y sabia puntuación, envuelto en la
ata de Gallimard, en orden, recom-
esto y desvirtuado". Transcribir
icionando, ésa es en suma la
specha que pesa en adelante sobre
edición que presenta Gallimard ●

LOS PLACERES DE LA CONTEMPLACION

Desde "Sota de bastos, caballo de espadas", el jujeño Héctor Tizón viene descubriendo, con sabiduría provinciana, ciertos mundos: el de la historia del noroeste y el de la educación sentimental, poco frecuentes en la literatura argentina. En esta nota cuenta el detenido nacimiento de su última novela, "Luz de las crueles provincias", que Alfaguara acaba de dar a conocer.

HÉCTOR TIZÓN

Tratar de contar la historia de libro que uno ha escrito resulta una tarea ardua, incompleta, frustrante como el libro mismo, y, a menudo, un ejercicio de la imaginación y de la impostura o el embuste. Una novela no es fruto de una idea, ni siquiera de la inteligencia, sino más bien del recuerdo, propio o usurpado, o propio y usurpado, y de la ambigüedad. Todos somos esencialmente ambiguos, salvo los tontos; porque somos dos o más personas: aquella que somos y la que queremos y no queremos ser, y a veces la que le plazca, por momentos, a nuestra imaginación.

Lo que se escribe –como decía Paul Valéry– no corresponde en definitiva a ningún pensamiento real. Es más y menos rico que éste. Más extenso o más breve. Más claro o más oscuro.

Recuerdo que en la frescura de un alba, en el patio, debajo de un parral, en las postrimerías de un velorio aburrido escuché la historia, narrada por un velante, de cómo su abuelo había llegado a estas crueles provincias vendiendo un libro, y que cuando lo vendió, sus desdichas y su nostalgia por el país que había dejado atrás desaparecieron y nunca más volvió a sentirlas e incluso perdió casi de pronto su marcado acento extranjero y comenzó a hablar como hablamos nosotros. Y que ese libro vendido y de pronto olvidado había sido el del árbol genealógico de sus ancestros. Cuando logré escabullirme del velorio anoté aquel episodio y tan pronto lo olvidé.

Después vinieron algunos largos viajes, algunas muertes y otros desamores.

Mucho después, creo, andaba yo en procura de unas citas de Demolombe, un jurista tan clásico como plúmbeo que tal vez en el siglo pasado habían birlado de la biblioteca de Tribunales y alguien me dijo que el viejo juez C. tenía la obra. Llegué hasta su antigua casa, ya muy injuriada por la incuria y el desinterés, y lo hallé sentado en una mecedora, de las de asiento y respaldo de esterilla, y atardecía, en las afueras de la ciudad. El juez, que vivía solo, me recibió como si me esperara desde hacía mucho tiempo y, luego de convidarme con un asiento y un vaso de licor dulzón y opaco, dijo:

"Dicen que estoy viejo y un poco loco. Pero si hay algo peor que un abogado loco, es uno cuerdo de verdad, como el Dr. Franz Kafka".

Aquellas palabras me retuvieron hasta muy entrada la noche.

El viejo juez, ya jubilado, permanecía sentado, mirando a lo lejos -cuando no hablaba–, al desierto, al polvaderal del horizonte que sólo habitaban la lejanía y el viento, cuando dije:

"Será muy duro vivir aquí, sin ver a nadie ni a nada". "No sólo existe lo que vemos –dijo–. Y aquí, a solas, como estamos, podemos ver quizá mucho más que lo que ven los otros. Un hombre es igual a muchos hombres, o una vida a muchas vidas... De tarde en tarde vemos pasar a un vehículo. Si en él va un hombre solo, las conjeturas de lo que podrá ser su vida nos bastan para un par de días, pero si en el vehículo van varios, eso nos alcanza para mucho más, tal vez para meses o años."

El hombre estaba sentado en su mecedora, la misma que había pertenecido a su padre y a su abuelo, que crujía casi imperceptiblemente al balanceo. "¿A dónde van? –dijo después de un silencio– ¿O de dónde vienen? Todos somos gente que huye, o fugitivos, lo sepamos o no. La dirección no importa."

"Pero usted, que es libre, ¿no quiere irse, dejar esto en donde no tiene nada ni a nadie?"

"Nadie tiene a nadie –dijo el viejo–. Ni tiene nada."

Volviendo a las reflexiones de Valéry: Se nace múltiple o se muere uno.

Después de algunas primaveras y veranos, y de hoscos y ásperos inviernos (estación cuando escribo con más ahínco), hallé que tenía varias libretas con sus páginas llenas, aunque en algunas sólo anotaciones aisladas como éstas: "Sobre el césped, a pasitos, camina una paloma demorada, con el buche prominente, como una beata camino del confesorio". Y: "El viejo juez, que no había aprendido a amar a nadie, amaba a su pequeña hija", y también: "El progreso es dañino porque puede cambiar lo esencial". O: "Dios es la creación del sueño de los pobres".

Luego, al cabo de una caminata una calurosa mañana en Yala, entré a la capilla donde el domingo oficiaba un cura gordo y sudoroso, con quien de vez en cuando echamos unos párrafos acerca de la vida y el modernismo, la política local y las cosechas flacas, y él decía: "Un hombre hizo una gran cena y convidó a muchos" (Lucas, 14-16), y pensé: así debo comenzar, y desde allí para atrás.

La novela debía ser narrada por un hombre maduro o viejo, sin pasiones vicarias: un hombre sin edad, como Dios. Un hombre que ya no sabe reír a carcajadas ni llorar abiertamente. O que sabe que eso no sirve ni ayuda, o que es un gesto efímero e inútil. Un hombre que debe ser justo pero no indiferente ni cínico; una especie de abuelo que habla para sus nietos, no para sus hijos.

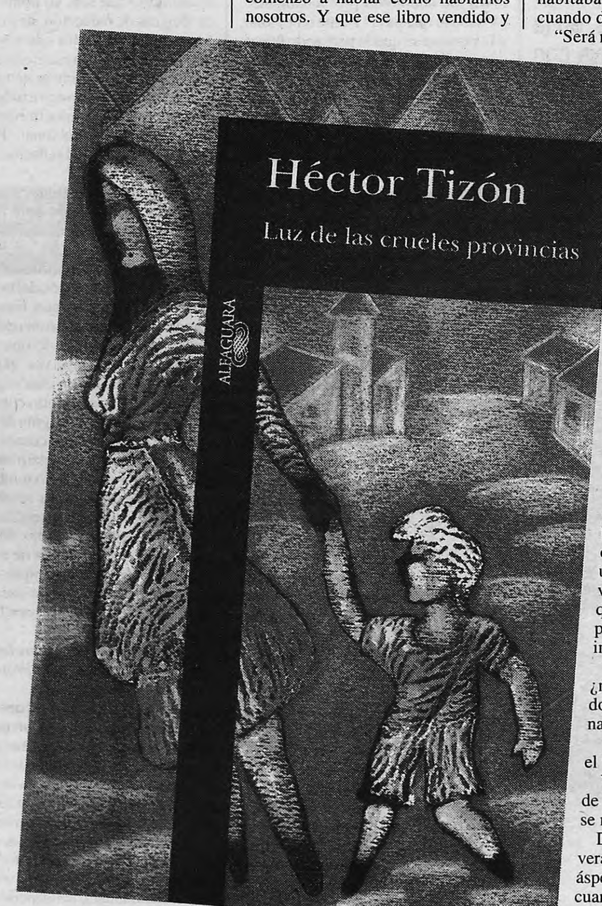
Luego, por motivos de corte y confección, no utilicé aquel comienzo y proyecté otros hasta que al final quedó como está, quizás sólo por prisa, por cansancio o por impaciencia.

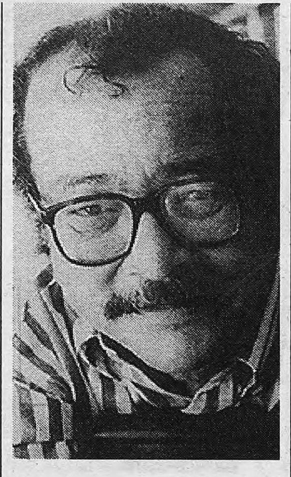
Esto quiso ser la crónica del nacimiento, auge y agonía de lo que fue una forma de vida y de unos valores que no terminan de agonizar, de recordarla y observarla con cierta compasión pero sin concesiones, sabiendo que es imposible lo ejemplar, aislar el bien y el mal; tratando siempre de huir de ese maniqueísmo poblado de seres absolutamente repugnantes y almas decididamente bellas.

Durante muchos meses de calor, de frío, de otoño, avanzando y retrocediendo se acumularon estas páginas, sin compulsiones ni autoflagelamientos (no recuerdo en este momento cuál novelista maniático había adoptado la masoquista costumbre de, al sentarse a escribir, poner un reloj ante sus ojos y exigirse 250 palabras cada cuarto de hora); yo escribo cuando me da la gana.

Un novelista, en realidad, cuando escribe un libro es porque ha escrito por lo menos dos, y que de eso debe echar la mitad o más a la basura. Y así fue.

En muchos momentos, a lo largo de la escritura, estuve empantanado, apagaba entonces los motores para explorar el terreno y comprobar hacia dónde soplaba el viento, y sólo cuando sentía una señal propicia recomenzaba y así, al cabo –como decía Conrad– uno se encuentra con un puñado de páginas, no importa de cuántas se haya apropiado, ya que al principio no será más, en el mejor de los casos, que un botín confuso y dudoso. Con los años he aprendido que la espera y la *inacción* no son infecundas, sino todo lo contrario y que, como dicen que Sócrates decía, la madre de la filosofía es el ocio. Puedo dar fe ●







ENTREVISTA EXCLUSIVA A JOÃO UBALDO RIBEIRO

BRASIL ES TAMBIEN UNA NOVELA

Junto con Rubem Fonseca y Márcio Souza, el bahiano Ribeiro, autor de "Viva el pueblo brasileño", compone la trilogía de grandes narradores que están cambiando la literatura de su país.

Después de una obra traducida a más de veinte lenguas y best seller absoluto en Suecia, Ribeiro se encerró hace unos meses para escribir otra de esas novelas titánicas, en la que trabaja con disciplina prusiana. Poco antes, Eric Nepomuceno lo entrevistó para **Primer Plano**.

Autor de algunos de los más exitosos y significativos libros brasileños de las últimas décadas, João Ubaldo Ribeiro avisó a los amigos, en la primera semana de 1995: no me llamen por teléfono, no me busquen, no me inviten a nada, no me manden mensajes. Es que él empezó un nuevo libro, y para tanto decidió refugiarse en su propia casa.

João Ubaldo Ribeiro nació en Bahía, en 1940. Desde su estreno, con la novela *Sargento Getúlio*, en 1971, pasó a ser considerado, más que una promesa, uno de los autores más importantes y expresivos de la literatura contemporánea de Brasil. La parte más consistente de su obra fue publicada en español por Alfaguara: además de *Sargento Getúlio* están *Viva el pueblo brasileño* (1984) y *La sonrisa del lagarto* (1989), y también dos libros infantojuveniles, *Vida y pasión de Pandonar, el cruel* y *La venganza de Charles Tiburón*.

El escribe en un horario absolutamente peculiar, principalmente cuando se considera la proverbial pereza de todo brasileño nacido en Bahía: despierta antes que el sol y trabaja con un sentido prusiano de disciplina. Por supuesto, lo niega: dice que el horario de los demás es extraño, y se considera tan indisciplinado como cualquier otro *bahiano*. Ningún otro escritor brasileño, al que se sabe, se dedicó durante meses, ininterrumpidamente, a traducir al inglés un libro de casi setecientas páginas –su *Viva el pueblo brasileño*, publicado por la Harper & Row en 1984–. Es aún más grave saber que –si no fuera por el tamaño– no se trataría de una experiencia inédita: él mismo había traducido al inglés, para la Avon, su novela *Sargento Getúlio*.

Miembro de la Academia Brasileña de Letras, su obra fue vertida a más de dos docenas de idiomas y, en algunos países, como Alemania, es uno de los autores latinoamericanos más leídos y estudiados. Pero ha sido en Suecia –para Ubaldo, un país absolutamente imprevisible– donde se convirtió en un fenómeno editorial: *Viva el pueblo brasileño* salió con una tirada inicial de cien mil ejemplares. "Sólo lo pude creer realmente cuando recibí el cheque correspondiente", esclarece el autor.

Italia, Francia, Dinamarca y los países de habla castellana también son sus lectores asiduos. Acido y de buen humor, inquieto e ingenioso, João Ubaldo Ribeiro reconstruye, en sus textos, una visión extraordinaria sobre Brasil. Sin perder, en ningún instante, su característica de autorextremamente personal, él refleja en su obra la síntesis de lo mejor que produjo la literatura brasileña de las últimas décadas.

Además de ser un lector insaciable, João Ubaldo Ribeiro tiene otras manías. La más peculiar de todas tal vez sea su interés por ciertos aspectos de la zoología, que logró convertirlo en un tipo de especialista en temas que normalmente sólo le interesan a los profesionales. Es capaz se hablar durante horas sobre escorpiones o escarabajos, lagartos y mariposas, o sobre la evolución genética de los batracios.

Antes de enclaustrarse para su nueva novela aceptó mantener una larga charla sobre el oficio, en el departamento donde vive, en el barrio de Leblon, en Río, que alquila a otro bahiano de inquieta pereza, el compositor Caetano Veloso.

LA EMOCION DEL LECTOR

–¿Escribir es un acto placentero?

–Bastante. Estoy en una etapa conturbada de mi vida, en la cual ciertos ideales me parecen ridículos, ideales personales, metas de vida... Entonces, escribir se convierte en algo aún más placentero que lo normal.

–¿Qué ideales le parecen ridículos?

–Recuerdo un viejo proverbio del nordeste brasileño: "La vida es una cucaña con un billete falso allá arriba". Recuerdo también que cuando tenía veinte años solía ir a la casa de Jorge Amado, allá en Bahía, y mirar sus cosas... Yo había escrito *Sargento Getúlio*, y me quedaba pensando: el día en que tenga mis libros traducidos a varios idiomas, como Jorge, no voy a querer más nada de la vida. Cuando salió mi primer libro traducido, me emocioné mucho. Pero después uno va viendo todo de modo cada vez más relativo... El escritor nunca sabe realmente –sin contar las rarísimas excepciones– si quien leyó algo suyo tuvo una buena opinión, se emocionó... No se *ve* la reacción de la gente, ¿comprende? Por ejemplo: estoy leyendo un libro, se lo paso a mi mujer, nos emocionamos mucho, nos conmovemos... pero ¿cómo el autor se va a enterar? Nunca se entera. A veces aparece alguien y dice: "Leí su libro, me conmovió profundamente". ¿Y sabe lo que pasa? *Yo* me emociono, y la persona se queda pensando que es una perfecta idiota, no lo cree, piensa que yo sabía que ella se había conmovido, como si fuera un efecto obvio, natural...

–Tú vives exclusivamente de lo que escribes. ¿Escribir es un oficio o una profesión?

–Encaro lo que hago como un oficio. Reivindico el derecho de ser tratado como un escritor profesional. Cuando me siento para escribir, estoy trabajando. No importa si lo que va a surgir es una crónica, un cuento, parte de una novela o un ensayo. No creo que exista una clasificación cualitativa.

–Sería como un ebanista que de repente hace una mesa, en otro momento hace una estantería, siempre manteniendo su oficio.

–Creo que sí. Modestamente, mediocremente que sea, yo domino ciertas técnicas de redacción, de mi oficio. A veces, llego a sentir que soy bueno en este oficio. Soy un escritor que cuenta cosas pero soy también un redactor. Incluso cuando me pongo a trabajar como redactor, me resulta imposible separar el aspecto emocional. Trato de cargar las baterías del redactor, pero él nunca trabaja solo.

–¿Tu caso es el mismo de aquellos escritores que padecen de la compulsión de reescribir varias veces el mismo texto?

–Ah, con toda seguridad. Y padezco también la compulsión del texto limpio, la página sin ningún borrón, sin ninguna corrección. Eso en realidad es mucho más común de lo que parece. García Márquez es, tal vez, el más famoso de los que tienen esas manías. El dijo cierta vez que, cuando cometía un error, escribía toda la página de nuevo, para que nadie se diera cuenta de que él había preferido una determinada palabra en lugar de otra. Yo también era así. La computadora nos resolvió ese problema. Es que una corrección termina siendo algo muy íntimo. Me gusta leer lo que escribí después de estar impreso. Pero lo paso en limpio, del comienzo al fin, y las correcciones terminan transformadas en secretos de alcoba.

–A ejemplo de casi todos los escritores, también tendrás tu propia rutina de trabajo. ¿Cómo es?

–Bueno, yo siempre creí que la rutina de ciertos escritores es un tanto absurda. La mía es absolutamente normal. Me levanto todos los días, invariablemente, a las cuatro y media de la mañana. Nunca supe por qué lo hago, pero es así, es natural. En una ciudad como Río, mi vida es la de un desajustado social... Mis editores, por ejemplo, nunca llegan a la oficina antes de las once de la mañana, los bancos abren a las diez. En la isla de Itaparica, en Bahía, donde viví muchos años, yo golpeaba la puerta del banco a las seis de la mañana, y alguien gritaba de adentro: "Es João Ubaldo, que quiere dinero". Eso sí es vida civilizada...

PRIMERO EL TITULO.

–¿Y cómo es la división de tu jornada de trabajo?

–Bueno, en ese departamento donde vivo tengo las plantas en la terraza. Entonces, empiezo el día mojando las plantas.

–¿No vas a la playa, temprano en la mañana?

–¡Jamás! Odio la playa. Conozco a algunos escritores que tienen el hábito de caminar por el borde del mar, bien temprano. Yo prefiero escribir: si camino, me canso. Entonces, es así: mojo las plantas y voy a trabajar. Hasta las once, escribo. Tengo mi jornada de trabajo de cinco a once. Luego, voy a beber algo. Si trabajé bien, me doy ese premio. Si no trabajé bien, me lo doy igual, pero con un remordimiento atroz...

–¿De cinco a once, escribes, directo?

–No siempre. Depende, desde luego, de lo que esté haciendo. Pero es siempre algo placentero y complicado. Una novela, por ejemplo, sólo comienza después de que yo tenga el título. Es del nombre del libro que el libro nace. Qué sé yo, esas cosas no tienen explicación...

–Eres un viajero eterno, que ha vivido en ciudades tan distintas como pueden ser Itaparica y Los Angeles, Salvador de Bahía y Berlín, Río de Janeiro y Lisboa.. Después de tanto andar, ¿dónde quedaron tus raíces más profundas?

–No lo sé. Es curioso: llegué inclusive a escribir sobre eso. No me gusta viajar, no me gusta salir de mi casa. Pero de vez en cuando me viene aquel impulso aventurero, y allá voy. En todo caso, trato siempre de quedarme en la aventura casera. Ir hasta la esquina, caminar hasta la calle siguiente, entrar en pequeñas tiendas, en los negocios del barrio, mirar qué hay para vender, ese universo de los botones, las ollas, lámparas de distintos formatos, abridores de botella... Entro en los negocios más locos y miro todo con ojos de especialista. Yo nací en la casa que era de mi abuelo, en Itaparica, y mucho después, ya adulto, volví a vivir en la misma casa.. Mi vida está llena de cosas raras. Para que veas, yo vivía en Berlín, pero en el día de la caída del Muro, estaba en Colonia, no vi nada, siquiera por la televisión. Lo supe al otro día, por los diarios...

–Dijiste, cierta vez, que toda experiencia vivida termina transformándose en literatura. ¿Todavía lo crees?

–Con toda seguridad. La vida es



nuestra mejor materia prima, la realidad, lo cotidiano, son nuestra mejor fuente. Vivimos un mundo demasiado loco, y esa locura nos acosa pero a la vez nos nutre en cuanto escritores. No soy de los escépticos sin remedio, creo en utopías que se renuevan. Además, el ser humano dispone de un instrumento absolutamente increíble: el cerebro. La humanidad es una especie primitiva, que corre el enorme riesgo de extinción. Si usa el cerebro, la capacidad de pensar, podrá salvarse. No podemos seguir como los imbéciles de siempre. Ese riesgo de extinción asusta a todos. Yo vivo sufriendo etapas de perplejidad, pero a la vez es materia prima. Creo en el ser humano. Me niego a creer que el ser humano debe tornarse una hiena, traicionar, mentir, devorar el cadáver de su semejante y de todos los seres vivos para mantenerse en el dominio de las cosas materiales. ¿Ves? De todo eso nace lo que escriben los escritores. Del asombro, de la perplejidad, de la fe en el hombre... ●